

# Buscando la autenticidad

Sami Naïr



**HABITACIONES  
IRREALES**  
Adolfo García Ortega  
Trama  
Madrid, 1999

«¿Por qué poetas en tiempos de desamparo?», se preguntaba Heidegger en medio de un tiempo de guerra y odio. Esta cuestión nace de una meditación sobre Hölderlin, que fue a la vez desamparo y poema. Hoy en día, la poesía de Hölderlin brilla por su potencia, como si fuera sólo una creación natural, la de un diamante azul buscado por su única virtud. Son numerosos aquellos que desde siempre han intentado acotar la esencia de la poesía. Son numerosos e infinitos. Tienen pasado y futuro. Porque la poesía no se puede entender en el presente. El poeta nunca es nuestro contemporáneo. Está en el pasado o en el futuro. Está en el pasado porque está en el futuro. Esa búsqueda de la esencia de la poesía es lo que Adolfo García Ortega quiere conquistar para el lector en su *Habitaciones irreales*. He aquí un joven escritor, en el que el pensamiento no cesa de pulirse, como un sílex, en el roce con los pensamientos de los poetas, con los oscuros versos de la creación, con el desafío de lo que Heidegger —¡siempre él!— llamaba «el encaminamiento hacia la palabra».

Lleno de citas, de reflexiones personales, de asombros, de admiración frente a la fuerza de las palabras, de oscura inquietud frente a frases demasiado llenas de sentido, el libro de García Ortega habla de creación y de palabras, de *ensamblajes* de palabras, para ser más exactos. Retoma a Barthes: «La estructura del espacio configura su identidad». Es una posición que podría sacarse directamente de la *Crítica de la razón pura* de Kant: el espacio es el tiempo. Esto quiere decir: todo conjunto es una encarnación; todo objeto tiene volumen e historia. Todo volumen es una historia. Toda historia es una identidad.

García Ortega no se satisface con el enunciado: busca darle una identidad. ¿Y si la identidad fuera una utopía? Por eso escribe: «En el presente intervienen: las utopías, el pasado, la memoria, los deseos, la fantasía y los mitos». Pero no se engaña, sabe que nin-

guna definición puede agotar el presente. Y renuncia: «En definitiva, al escribir, lo que se busca es una palabra-resumen que sea irreductible a una explicación».

Hay en *Habitaciones irreales* momentos que en verdad son momentos de felicidad. Sabemos una cosa al menos —la aprendimos de Mallarmé, de Góngora: no se habla verdaderamente de poesía más que siendo poeta. De alguna forma se debe ser poeta para entender la poesía. La prueba es que los que no aman la poesía no aman a los poetas. Platón, que lo comprendió, y que conocía mejor que nadie la potencia del verbo, perseguía a los poetas de su *República*. ¿La razón? Hacen reflexionar demasiado sobre el sentido. Uno debe someterse a la norma, a la forma.

Adolfo García Ortega nos da una serie de reflexiones, de *percusiones* semánticas, de enlaces de palabras que tienen sentido: de donde, como decía Freud, la *inquietante extrañeza* de su libro. Un libro que yo llamaría «tabular». Es decir, puede leerse buscando bajo distintas entradas: filosofía, literatura, política, poesía. Y además, es consciente de la vanidad de toda explicación. Cita a Pavese, al inmenso Cesare Pavese, cuya poesía sólo puede compararse a aquella de los artistas que han rozado el fuego ardiente del centro de la tierra, ese magma que da la vida: esos que establecieron el vínculo entre vida y tragedia. Escuchen: «Un poeta no debería olvidar jamás que un estado de ánimo no es nada para él, que lo que importa para él es la poesía futura. Este esfuerzo de frialdad utilitaria es su tragedia». Pero no: la tragedia es el futuro, porque el poeta no puede reconciliarse con el presente. Es por esta razón que se vuelve hacia el pasado. Aunque se llame Maiakovski, y quiera adelantar al futurismo. Es esta metafísica, en el sentido griego del tiempo: más allá de la materia, es decir lo que está aquí, ahora, lo que mina al poeta. He aquí el problema de Adolfo García Ortega: ¿cuántas de las palabras que

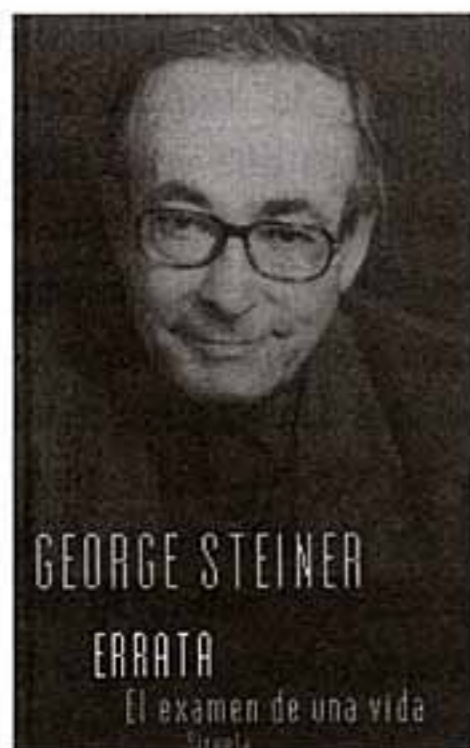
tienen sentido forman nuestra vida?, ¿para qué futuro?, ¿para qué presente?, ¿para qué sufrimiento? El filósofo responderá con la demostración arquitectónica (el espíritu de la geometría de Spinoza); el novelista con la recreación autónoma de un mundo ficticio, aunque se base en la realidad (hechos, recuerdos, imaginación, manipulación de historias); el ensayista con la pregunta (sutileza del sentido, verdad inalcanzable, pregunta respondiendo a pregunta).

Adolfo García Ortega se quiere poeta y ensayista, filósofo y escritor —pero en el sentido humilde. Nos dice: «Vengan, lean conmigo estos fragmentos, piensen. No les apor-

ninguna verdad. No les regalo ningún artificio. Lean conmigo: verán que el misterio está aquí, en las palabras, en ese sentido que se desliza como un pez entre las manos de la razón». Es un libro de aforismos, de citas, de proposiciones que estremecen. Es un libro de creación. En nuestra época donde el pedantismo intelectual, los hacedores de novelas, los profanadores del arte son legión y adulados por la opinión mediática, he aquí un libro que dice lo esencial. Léanlo, y encontrarán no sólo un escritor que se toma en serio la tragedia de la escritura, sino también un poeta en el sentido más humilde de la palabra: un buscador de la autenticidad. □

## Elogio de George Steiner

Javier Alfaya



### ERRATA

George Steiner  
Traducción de Catalina  
Martínez Muñoz  
Siruela  
Madrid, 1998

Cuenta Manuel Ballesteros al final de su precioso libro *El devenir y la apariencia* (Anthropos, Barcelona, 1985) una reveladora anécdota de Gyorgy Lukács. Rodeado de sus discípulos, el gran filósofo húngaro escuchaba un elogio tras otro acerca de su obra. Abrumado, Lukács comentó: «Sí, sí, pero ahora caigo que lo esencial no lo he entendido». «¿Y qué es lo esencial?», le preguntaron, sorprendidos. A lo que el gran viejo respondió: «El problema es que no lo sé».

Hay unas frases en el último libro aparecido en castellano de George Steiner que en cierto modo muestran un parecido estado entre el pensador vienés y Lukács, uno de sus venerados maestros a pesar de las discrepancias ideológicas que existen entre ambos. Dice Steiner: «Ni con argumentos lógicos ni con argumentos sustanciales es posible *refutar* la afirmación de que Mozart era un compositor mediocre o de que las *Vísperas de la Virgen* de Monteverdi son inferiores a los baluceos de Madonna. Cuanto mayor es nuestro deleite, cuanto más acuciante nuestra necesidad de responder a una pieza musical, más

inaccesibles resultan las razones de por qué ocurre tal cosa. Es un lugar común observar que la música comparte con el amor y la muerte el misterio de lo evidente».

No es difícil encontrar en otros libros de Steiner tomas de posición similares con respecto a la literatura. En el fondo, esa especie de acto de fe que nos lleva a defender la perennidad de una obra de arte frente a un subproducto *kitsch* es la esencia de un libro suyo tan extraordinario como *Presencias reales*, esa soberbia disquisición acerca de lo bello y sus formas, y el motivo conductor principal de todos los demás.

Con el paso de los años, George Steiner se ha convertido en una especie de Quijote que afirma su verdad, la verdad del gran arte, de la gran literatura, de la gran música, frente a los subproductos generados por la sociedad de consumo. Subproductos que no se reducen a lo fabricado por lo que Theodor W. Adorno —otro de los maestros de Steiner— llamó despectivamente «industria cultural», es decir la fábrica inmediata de la literatura o la música *Kleenex*, sino que también se extiende a quie-